

que no sé cómo lo aparte, si ha de ser bien rezado lo vocal y entendiendo con quién hablamos; y aun es obligacion que procuremos rezar con advertencia, y aun plega á Dios que con estos remedios vaya bien rezado el Pater noster, y no acabemos en otra cosa impertinente. Yo lo he probado algunas veces, el mejor remedio que hallo es, procurar tener el pensamiento en quien enderezó las palabras. Por eso tened paciencia, y procurad hacer costumbre de cosa tan necesaria.

CAPÍTULO XXV.

En que dice lo mucho que gana un alma que reza con perfeccion vocalmente, y como acaee levantarla Dios de allí á cosas sobrenaturales.

1. Porque no penseis que se saca poca ganancia de rezar vocalmente con perfeccion, os digo, que es muy posible que estando rezando el Pater noster, os ponga el Señor en contemplacion perfeta, ó rezando otra oracion vocal, que por estas vias muestra su Majestad que oye al que le habla, y le habla su grandeza, suspendiendo el entendimiento, y atajándole el pensamiento, y tomándole, como

dicen, la palabra de la boca, que aunque quiere no puede hablar, sino es con mucha pena. Entiende que sin ruido de palabras le está enseñando este Maestro divino, suspendiendo las potencias; porque entonces antes dañarian, que aprovecharian, si obrasen. Gozan sin entender cómo gozan: está el alma abrasándose en amor, y no entiende cómo ama: conoce que goza de lo que ama, y no sabe cómo lo goza: bien entiende que no es gozo que alcanza el entendimiento á desearle, abrázale la voluntad sin entender cómo; mas en pudiendo entender algo, ve que no es este bien que se puede merecer con todos los trabajos que se pasasen juntos, por ganarle en la tierra: es don del Señor della, y del cielo, que en fin, da como quien es. Estad, hijas, en contemplacion perfeta, ahora entenderéis la diferencia que hay della á la oracion mental, que es lo que queda dicho, pensar y entender lo que hablamos, y con quién hablamos, y quién somos los que osamos hablar con tan gran Señor. Pensar esto y otras cosas semejantes de lo poco que le hemos servido, y lo mucho que estamos obligados á servir, es oracion mental. No penseis que es otra algarabía, ni os

espante el nombre, rezar el Pater noster y Ave María, ó lo que quisiéredes, es oracion vocal; pues mirad qué mala música hará sin lo primero, aun las palabras no irán con concierto todas veces. En estas dos cosas podemos algo nosotros con el favor de Dios: en la contemplacion que ahora dije, ninguna cosa; su Majestad es el que todo lo hace, que es obra suya, sobre nuestro natural. Como está dado á entender esto de contemplacion muy largamente, y lo mejor que yo lo supe declarar en la relacion de mi vida, que tengo dicho escribí, para que viesen mis confesores, que me lo mandaron, no lo digo aquí, ni hago mas de tocar en ello. Las que hubiéredes sido tan dichosas, que el Señor os llegué á estado de contemplacion, si le pudiédes haber, puntos tiene y avisos que el Señor quiso que acertase á decir, que os consolarian mucho, y aprovecharian, á mi parecer, y al de algunos que le han visto, que le tienen para hacer caso dél (que vergüenza es deciros yo que hagais caso del mio) y el Señor sabe la confusion con que escribo mucho de lo que escribo. Bendito sea quien así me sufre. Las que, como digo, tuvieren oracion sobrenatural, procú-

renle después de yo muerta, las que no, no hay para qué, sino esforzarse á hacer lo que en este va dicho, ganando por cuantas vias pudieren, y haciendo diligencia para que el Señor se la dé, suplicándosele á él, y ayudándose ellas, y dejen al Señor, que es quien la ha de dar, y no os la negará, si no os quedais en el camino, sino que os esforceis hasta llegar á la fin.

CAPÍTULO XXVI.

En que va declarando el modo para recoger el pensamiento: pone medios para ello. Es capítulo muy provechoso para los que comienzan oracion.

1. Ahora, pues, tornemos á nuestra oracion vocal, para que se rece de manera, que sin entendernos nos lo dé Dios todo junto, y para, como he dicho, rezar como es razon la examinacion de la conciencia, y decir la confesion, y santiguaros, ya se sabe ha de ser lo primero, luego, hija, procurad, pues estais sola, tener compañía. ¿Pues qué mejor que la del mismo Maestro que enseñó la oracion que vais á rezar? Representad al mismo Señor junto con Vos, y mirad con qué amor y

humildad os está enseñando, y creedme, mientras pudiéredes no esteis sin tan buen amigo. Si os acostumbrais á traerle cabe vos, y él ve que lo haceis con amor, y que andais procurando contentarle, no le podréis, como dicen, echar de vos: no os faltará para siempre: ayudaros ha en todos vuestros trabajos: tenerle heis en todas partes. ¿Pensais que es poco un tal amigo al lado? ¡Ó hermanas! Las que no podeis tener mucho discurso del entendimiento, ni podeis tener el pensamiento sin divertirnos, acostumbraos: mirad que sé yo que podeis hacer esto, porque pasé muchos años por este trabajo de no poder segar el pensamiento en una cosa, y eslo muy grande, mas sí, que no nos deja el Señor tan desiertos, que si llegamos con humildad á pedirselo, no nos acompañe. Y si en un año no pudiéremos salir con ello, sea en mas; no nos duela el tiempo en cosa que tambien se gasta: ¿quién va tras nosotras? Digo que esto puede acostumbrarse á ello, y trabajar, y andar cabe este verdadero Maestro. No os pido ahora que penseis en él, ni que saqueis muchos concetos, ni que hagais grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimien-

to, no os pido mas de que le mireis. ¿Pues quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto, si no podeis mas, á este Señor? ¿Pues podeis mirar cosas muy feas, y no podeis mirar la cosa mas hermosa que se puede imaginar? Si no os pareciere bien, yo os doy licencia que no le mireis, pues nunca, hijas, quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. ¿Haos sufrido mil cosas feas, y abominaciones contra él, y no ha bastado para que os deje de mirar, y es mucho, que quitados los ojos destas cosas exteriores, le mireis algunas veces á él? Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice la Esposa, sino que le miremos. Como le quisiéredes le hallaréis: tiene en tanto que le volvamos á mirar, que no quedará por diligencia suya. Así como dicen ha de hacer la mujer para ser bien casada con su marido, que si está triste, se ha de mostrar ella triste, y si está alegre (aunque nunca lo esté) alegre: mirad de qué sujecion os habeis librado, hermanas. Esto con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con nosotras, que él se hace sujeto, y quiere que seais vos la señora, y andar él á vuestra voluntad. Si estais alegre, miradle resucitado,

que solo imaginar como salió del sepulcro os alegrará; mas con qué claridad y con qué hermosura, con qué majestad, qué vitorioso, qué alegre, como quien tan bien salió de la batalla á donde ha ganado un tan gran reino, que todo le quiere para vos. ¿Pues es mucho que á quien tanto os da volvais una vez los ojos á mirarle? Si estais con trabajos, ó triste miradle camino del huerto, qué afliccion tan grande llevaba en su alma, pues con ser el mesmo sufrimiento, la dice, y se queja della; y miradle atado á la coluna, lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos, por lo mucho que os ama, perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado dellos, sin nadie que vuelva por él, helado de frio, puesto en tanta soledad, que el uno con el otro os podeis consolar; ó miradle cargado con la cruz, que aun no le dejaban huelgo. Miraros ha él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores, por consolar los vuestros, solo porque os vais vos con él á consolar, y volvais la cabeza á mirarle. ¡Ó Señor del mundo, verdadero Esposo mio (le podeis vos decir, si os ha eternecido el co-

razon de verle tal, que no solo querais mirarle, sino que os holgueis de hablar con él, no oraciones compuestas, sino de la pena de vuestro corazon, que las tiene él en muy mucho) ¿tan necesitado estais, Señor mio y bien mio, que quereis admitir una pobre compañía como la mia, y veo en vuestro semblante que os habeis consolado conmigo? ¿Pues cómo, Señor, es posible que os dejan solo los Ángeles, y que aun no os consuela vuestro Padre? Si es así, Señor, que todo lo quereis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso por Vos? ¿De qué me quejo? Qué ya he vergüenza de que os he visto tal, que quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren, y tenerlos por gran bien, é imitaros en algo: juntos andemos, Señor; por donde fuéredes tengo de ir; por donde pasáredes tengo de pasar. Tomad, hijas, de aquella cruz, no se os dé nada de que os atropellen los judíos, porque él no vaya con tanto trabajo, no hagais caso de lo que os dijeren, haceos sordas á las murmuraciones, tropezando y cayendo con vuestro Esposo, no os apartéis de la cruz, ni la dejéis. Mirad mucho el cansancio con que va, y las ventajas que hace su trabajo á los

que vos padeceis, por grandes que los queráis pintar, y por mucho que los queráis sentir, saldréis consoladas dello; porque veréis que son cosa de burla, comparados á los del Señor. Diréis, hermanas, que cómo se podrá hacer esto, que si le viéades con los ojos del cuerpo, en el tiempo que su Majestad andaba en el mundo, que lo hiciéades de buena gana, y le miráades siempre. No lo creais, que quien ahora no se quiere hacer un poquito de fuerza á recoger siquiera la vista para mirar dentro de sí á este Señor (que lo puede hacer sin peligro, sino con tantico cuidado) muy menos se pusiera al pié de la cruz con la Magdalena, que vía la muerte al ojo. ¿Mas qué debia pasar la gloriosa Virgen y esta bendita Santa? ¿Qué de amenazas? ¿Qué de malas palabras? ¿Y qué de encontrones? ¿Y qué de sentimiento? Pues con qué gente lo habian tan cortesana, si lo era del infierno, que eran ministros del demonio. Por cierto que debia de ser terrible cosa lo que pasaron, sino que con otro dolor mayor, no sentian el suyo. Así que, hermanas, no creais fuéades para tan grandes trabajos, si no sois ahora para cosas tan pocas: ejercitádoos en ellas po-

deis venir á otros mayores. Lo que podeis hacer para ayuda desto, procurad traer una imagen y retrato deste Señor, que sea á vuestro gusto, no para traerle en el seno, y nunca le mirar, sino para hablar muchas veces con él, que él os dará que le decir. Como hablais con otras personas, ¿por qué os han mas de faltar palabras para hablar con Dios? No lo creais, al menos yo no os creeré si lo usais, porque si no, sí faltarán, que el no tratar con una persona causa extrañeza, y no saber cómo nos hablar con ella que parece no la conocemos, y aunque sea deudo; porque deudo y amistad se pierde con la falta de la comunicacion. Tambien es remedio tomar un libro de romance bueno, aun para recoger el pensamiento, para venir á rezar bien vocalmente, y poquito á poquito ir acostumbrando el alma con halagos y artificio para no la amedrentar. Haced cuenta que ha muchos años que se ha ido de con su esposo, y que hasta que quiera tornar á su casa, es menester saberlo mucho negociar, que así somos los pecadores. Tenemos tan acostumbrada nuestra alma y pensamiento á andar á su placer, ó pesar, por méjor decir, que la triste alma no

se entiende, que para que torne á tomar amor á estar en su casa, es menester mucho artificio, y si no es así, y poco á poco, nunca haremos nada. Y tórnoos á certificar, que si con cuidado os acostumbrais á lo que he dicho, que sacaréis tan gran ganancia, que aunque yo os la quisiera decir, no sabré. Pues juntaos cabe este buen Maestro, y muy determinadas á deprender lo que os enseñare, y su Majestad hará que no dejeis de salir buenas discípulas, ni os dejará, si no le dejais. Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luego el amor que os tiene, que no es pequeño bien y regalo del discípulo, ver que su maestro le ama.

CAPÍTULO XXVII.

En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del *Pater noster*; y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje, las que de veras quieren ser hijas de Dios.

1. Padre nuestro, que estás en los cielos. ¡Ó Señor mio, cómo pareceis Padre de tal Hijo, y como parece vuestro Hijo, Hijo de tal Padre! Bendito seais Vos por siempre ja-

más. ¿No fuera al fin de la oracion esta merced, Señor, tan grande? En comenzando nos henchís las manos, y haceis tan gran merced, que seria harto bien henchirse el entendimiento, para ocupar la voluntad, de manera que no os pudiese hablar palabra. ¡Ó qué bien venia aquí, hijas, contemplacion perfeta! ¡Ó con cuánta razon entraria el alma en sí, para poder mejor subir sobre sí mesma á que le diese este santo Hijo á entender qué cosa es el lugar á donde dice que está su Padre, que es en los cielos! Salgamos de la tierra, hijas mias, que tal merced como esta no es razon se tenga en tan poco, que después que entendamos cuán grande es, nos quedemos en la tierra. ¡Ó Hijo de Dios y Señor mio! ¿Cómo dais tanto junto á la primera palabra? Ya que os humillais á Vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir, y haceros hermano de cosa tan baja y miserable, como nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues que quereis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar; obligasle á que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir, por graves que

sean las ofensas, si nos tornamos á él, como el hijo pródigo. Hanos de perdonar, hanos de consolar en nuestros trabajos, hanos de sustentar, como lo ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo; porque en él no puede haber sino todo bien cumplido, y después de todo esto, hacernos participantes y herederos con Vos. Mirad, Señor mio, que ya que á Vos con el amor que nos teneis, y con vuestra humildad no se os ponga nada delante (en fin, Señor, estais en la tierra, y vestido della, pues teneis nuestra naturaleza, parece teneis alguna causa para mirar nuestro provecho) mas mirad que vuestro Padre está en el cielo, Vos lo decís, es razon que mireis por su honra, ya que estais Vos ofrecido á ser deshonor por nosotros, dejad á vuestro Padre libre, no le obligueis á tanto por gente tan ruin como yo, que le he de dar tan malas gracias. ¡Ó buen Jesús, qué claro habeis mostrado ser una cosa con él, y que vuestra voluntad es la suya, y la suya vuestra! ¡Qué confesion tan clara, Señor mio, qué cosa es el amor que nos teneis! Habeis andado rodeando, y encubriendo al dèmonio, que sois Hijo de Dios, y con el gran

deseo que teneis de nuestro bien, no se os pone cosa delante, por hacernos tan grandísima merced. ¿Quién lo podia hacer, sino Vos, Señor? Al menos bien veo, mi Jesús, que habeis hablado como hijo regalado, por Vos y por nosotros, y que sois poderoso para que se haga en el cielo lo que Vos decís en la tierra. Bendito seais por siempre, Señor mio, que tan amigo sois de dar, que no se os pone cosa delante. ¿Pues paréceos, hijas, que es buen Maestro este? ¿Para aficionarnos á que aprendamos lo que nos enseña, comienza haciéndonos tan gran merced? Pues ¿paréceos ahora que será razon, que aunque digamos vocalmente esta palabra, dejemos de entenderla con el entendimiento, para que se haga pedazos nuestro corazon con ver tal amor? Pues ¿qué hijo hay en el mundo, que no procura saber quién es su padre, cuando le tiene bueno, y de tanta majestad y señorío? Aun si no lo fuera, no me espantara; no nos quisiéramos conocer por sus hijos, porque anda el mundo tal, que si el padre es mas bajo del estado en que está su hijo, no se tiene por honrado en conocerle por padre. Esto no viene aquí, porque en esta casa nunca, plega á

Dios, haya acuerdo de cosas destas, seria infierno, sino la que fuere mas, tome menos á su padre en la boca, todas han de ser iguales. ¡ Ó colegio de Cristo, que tenia mas mandado san Pedro, con ser un pescador, y lo quiso así el Señor, que san Bartolomé que era hijo del rey! Sabia su Majestad lo que habia de pasar en el mundo sobre cuál era de mejor tierra, que no es otra cosa, sino debatir si será buena para adobes, ó para tapias. ¡ Válame Dios, qué gran trabajo! Dios os libre, hermanas, de semejantes contiendas, aunque sea en burlas. Yo espero en su Majestad, que sí hará. Cuando algo desto en alguna hubiere, póngase luego remedio, y ella tema no sea estar Judas entre Apóstoles: dénla penitencias hasta que entienda que aun tierra muy ruin no mereció ser. Buen Padre os tenéis, que os da el buen Jesús; no se conozca aquí otro Padre para tratar dél. Y procurad, hijas mías, ser tales, que merezcáis regalaros con él, y echaros en sus brazos. Ya sabeis que no os echará de sí, si sois buenas hijas; ¿ pues quién no procurará no perder tal Padre? Ó válame Dios, y qué hay aquí en que os consolar, que por no me alargar mas

lo quiero dejar á vuestros entendimientos, que por desbaratado que ande el pensamiento, entre tal Hijo y tal Padre, de fuerza ha de estar el Espíritu Santo, que enamore vuestra voluntad, y os la ate con grandísimo amor, ya que no baste para esto tan grande interese.

CAPÍTULO XXVIII.

En que declara qué es oracion de recogimiento, y pónense algunos medios para acostumbrarse á ella.

1. Ahora mirad que dice vuestro Maestro: Que estás en los cielos. ¿ Pensais que importa poco saber qué cosa es cielo, y á donde se ha de buscar vuestro sacratísimo Padre? Pues yo os digo, que para entendimientos deramados, que importa mucho no solo creer esto, sino procurarlo entender por experiencia, porque es una de las cosas que ata mucho el entendimiento, y hace recoger el alma. Ya sabeis que Dios está en todas partes, pues claro está, que á donde está el rey, está la corte; en fin, que á donde está Dios, es el cielo: sin duda lo podeis creer, que á donde está su Majestad, está toda la gloria; pues mirad, que dice san Agustin, que le buscaba

en muchas partes, y que le vino á hallar dentro de sí mismo. ¿Pensais que importa poco para una alma derramada entender esta verdad, y ver que no ha menester para hablar con su Padre eterno ir al cielo, ni para regalarse con él, ni ha menester hablar á voces? Por paso que hable, está tan cerca que nos oirá, ni ha menester alas para ir á buscarle, sino ponerse en soledad, y mirarle dentro de sí, y no extrañarse de tan buen huésped, sino con gran humildad hablarle como á padre, pedirle como á padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija. Déjese de unos encogimientos que tienen algunas personas, y piensan que es humildad. Sí, que no está la humildad, en que si el rey os hace una merced, no la tomeis, sino tomarla, y entender cuán sobrada os viene, y holgaros con ella. Donosa humildad, ¿que me tenga yo al Emperador del cielo y de la tierra en mi casa, que se viene á ella por hacerme merced, y por holgarse conmigo, y que por humildad, ni le quiera responder, ni estarme con él, ni tomar lo que me da, sino que le deje solo? ¿Y que estándome diciendo y rogando que

le pida, por humildad me quede pobre, y aun le deje ir, de que ve que no acabo de determinarme?

2. No os cureis, hijas, destas humildades, sino tratad con él como padre, y como con hermano, y como con señor, y como con esposo, á veces de una manera, á veces de otra, que él os enseñará lo que habeis de hacer para contentarle. Dejaos de ser bobas, pedidle la palabra, que vuestro Esposo es, que os trate como tal. Mirad que os va mucho en tener entendida esta verdad, que está el Señor dentro de vosotras, y que allí nos estemos con él. Este modo de rezar, aunque sea vocalmente, con mucha mas brevedad recoge el entendimiento, y es oracion que trae consigo muchos bienes. Llámase recogimiento, porque recoge el alma todas las potencias, y se entra dentro de sí con su Dios, y viene con mas brevedad á enseñarla su divino Maestro, y á darla oracion de quietud, que de ninguna otra manera; porque allí metida consigo mesma puede pensar en la pasion, y representar allí al Hijo y ofrecerle al Padre, y no cansar el entendimiento andándole buscando en el monte Calvario, y al huerto, y á la coluna.

3. Las que desta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, á donde está el que le hizo á él, y á la tierra, y se acostumbrarán á no mirar, ni estar á donde se distrayan estos sentidos exteriores, crean que llevan excelente camino, y que no dejarán de llegar á beber el agua de la fuente, porque caminan mucho en poco tiempo. Es como el que va en una nao, que con un poco de buen tiempo se pone en el fin de la jornada en pocos dias, y los que van por tierra, tárdanse mas. Estos están ya, como dicen, puestos en la mar, aunque del todo no han dejado la tierra, aquel rato hacen lo que pueden por librarse della, recogiendo sus sentidos.

4. Ansimesmo, si es verdadero el recogimiento siéntese muy claro, porque acaece alguna operacion (no sé cómo lo dé á entender, quien lo tuviere sí entenderá) en que parece que se levanta el alma con el juego, que ya ve lo es las cosas del mundo. Álzase al mejor tiempo, y como quien se entra en un castillo fuerte para no temer los contrarios, retira los sentidos destas cosas exteriores, y dales de tal manera de mano, que sin entenderse, se le

cierrán los ojos por no las ver, porque mas se despierte la vista á los del alma. Así quien va por este camino, cási siempre que reza tiene cerrados los ojos, y es admirable costumbre para muchas cosas, porque es un hacerse fuerza á no mirar las de acá; esto es al principio, que después no es menester, mayor se la hace cuando en aquel tiempo los abre. Parece que se entiende un fortalecerse y esforzarse el alma á costa del cuerpo, y que le deja solo, y desflaquecido, y ella toma allí bastimento para contra él.

5. Y aunque al principio no se entienda esto por no ser tanto, que hay mas y menos en este recogimiento, mas si se acostumbra (aunque al principio dé trabajo, porque el cuerpo torna por su derecho, sin entender que él mesmo se corta la cabeza en no darse por vencido) mas si se usa algunos dias, y nos hacemos esta fuerza, verse ha claro la ganancia, y entenderán en comenzando á rezar, que se vienen las abejas á la colmena, y se entrarán en ella para labrar la miel. Y esto sin cuidado nuestro, porque ha querido el Señor, que por el tiempo que le han tenido, se haya merecido estar el alma y voluntad con

este señorío, que en haciendo una seña no mas, de que se quiere recoger, la obedezcan los sentidos, y se recojan á ella. Y aunque después tornen á salir, es gran cosa haberse ya rendido, porque salen como cautivos y sujetos, y no hacen el mal que antes pudieran hacer, y en tornando á llamar la voluntad, vienen con mas presteza, hasta que á muchas entradas destas quiere el Señor se queden ya del todo en contemplacion perfecta.

6. Entiéndase mucho esto que queda dicho, porque aunque parece oscuro, lo entenderá quien quisiere obrarlo. Así que caminan por mar, y pues tanto nos va no ir tan despacio, hablemos un poco de como nos acostumbremos á tan buen modo de proceder. Están mas seguros de muchas ocasiones: pégase mas presto el fuego del amor divino, porque con poquito que sople con el entendimiento, están cerca del mesmo fuego, con una centellica que les toque se abrasará todo: como no hay embarazo de lo exterior, estáse sola el alma con su Dios; hay gran aparejo para encenderse. Pues hagamos cuenta que dentro de nosotras está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras pre-

ciosas, en fin, como para tal Señor, y que sois vos parte para que este edificio sea tal (como á la verdad lo es, que es así, que no hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes, y mientras mayores, mas resplandecen las piedras) y que en este palacio está este gran Rey, y que ha tenido por bien ser vuestro huésped, y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón.

7. Parecerá esto al principio cosa imperitante (digo hacer esta ficcion para darlo á entender) y podrá ser aproveche mucho, á vosotras en especial, porque como no tenemos letras las mujeres, todo esto es menester para que entendamos con verdad, que hay otra cosa mas preciosa sin ninguna comparacion dentro de nosotras, que lo que vemos por defuera. No nos imaginemos vacias en lo interior; y plega á Dios sean solas las mujeres las que andan con este descuido, que tengo por imposible, si trajésemos cuidado de acordarnos que tenemos tal huésped dentro de nosotros, que nos diésemos tanto á las cosas del mundo; porque veríamos cuán bajas son para las que dentro poseemos. ¿Pues qué

mas hace una alimaña, que en viendo lo que le contenta á la vista, harta su hambre en la presa? Sí, que diferencia ha haber dellas á nosotras.

8. Reiránse de mí, por ventura, y dirán que bien claro se está esto: y ternán razon, porque para mí fue oscuro algun tiempo. Bien entendia que tenia alma, mas lo que merecia esta alma, y quién estaba dentro della (porque yo me ataba los ojos con las vanidades de la vida para verlo) no lo entendia. Que á mi parecer, si como ahora entiendo que en este palacio pequenito de mi alma cabe tan gran Rey, entonces lo entendiera, no le dejara tantas veces solo, alguna me estuviera con él, y mas procurara que no estuviera tan sucia. ¿Mas qué cosa de tanta admiracion, que quien hinchiera mil mundos con su grandeza, encerrase en cosa tan pequeña? Así quiso caber en el vientre de su sacratisima Madre. Como es Señor, consigo trae la libertad; y como nos ama, hácese de nuestra medida. Cuando un alma comienza, por no la alborotar de verse tan pequeña, para tener en sí cosa tan grande, no se da á conocer hasta que va ensanchando esta alma poco á poco, con-

forme á lo que entiende es menester para lo que pone en ella. Por eso digo que trae consigo la libertad, pues tiene el poder de hacer grande este palacio. El punto está en que se le demos por suyo con toda determinacion, y le desembaracemos, para que pueda poner y quitar como en cosa propia. Esta es su condicion, y tiene razon su Majestad, no se lo neguemos. Y como él no ha forzado nuestra voluntad, toma lo que le damos, mas no se da á sí del todo, hasta que nos damos del todo á él (esto es cosa cierta, y porque importa tanto, os lo acuerdo tantas veces) ni obra en el alma, como cuando del todo sin embargo es suya, ni sé cómo ha de obrar: es amigo de todo concierto. Pues si el palacio henchimos de gente baja y de baratijas, ¿cómo ha de caber el Señor en su corte? Harto hace de estar un poquito entre tanto embargo. ¿Pensais, hijas, que viene solo? ¿No veis que dice su Hijo: Que estás en los cielos? Pues un tal Rey á osadas que no le dejen solo los cortesanos, sino que están con él rogándole por nosotros, para nuestro provecho, porque están llenos de caridad. No penseis que es como acá, que si un señor ó perlado fa-

vorece alguno por algunos fines, ó porque quiere, luego hay las envidias, y el ser malquisto aquel pobre, sin hacerles nada, que le cuestan caros los favores.

CAPITULO XXIX.

Prosigue en dar medios para procurar esta oracion de recogimiento: dice lo poco que se nos ha de dar de ser favorecidas de los perlados.

1. Por amor de Dios, hijas, no cureis de daros nada por estos favores, procure cada una hacer lo que debe, que si el perlado no se lo agradeciére, segura puede estar lo pagará y agradecerá el Señor. Si, que no venimos aquí á buscar premio en esta vida: siempre el pensamiento en lo que dura, y de lo de acá ningun caso hagamos, que aun para lo que se vive no es durable, que hoy está bien con la una, mañana si ve una virtud mas en vos, estará mejor con vos, y si no, poco va en ello. No deis lugar á estos pensamientos, que á las veces comienzan por poco, y os pueden desasosegar mucho, sino atajadlos, con que no es acá vuestro reino, y cuán presto tiene todo fin. Mas aun esto es bajo remedio,

y no mucha perfeccion; lo mejor es, que dure, y vos desfavorecida y abatida, y lo querais estar por el Señor que está con vos. Poned los ojos en Vos, y miraos interiormente, como queda dicho, hallaréis vuestro Maestro, que no os faltará: mientras menos consolacion exterior tuviéredes, mucho mas regalo os hará. Es muy piadoso, y á personas afligidas y desfavorecidas jamás falta, si confian en él solo. Ansi lo dice David, que está el Señor con los afligidos. Ó creéis esto, ó no: si lo creéis, ¿de qué os matais?

2. ¡Ó Señor mio, que si de veras os conociésemos, no se nos daria nada de nada, porque dais mucho á los que se quieren fiar de Vos! Creed, amigas, que es gran cosa entender que es verdad esto, para ver que los favores de acá todos son mentira, quando desvian algo el alma de andar dentro de sí. ¡Ó válame Dios, quién os hiciese entender esto! No yo por cierto, que sé que con deber yo mas que ninguno, no acabo de entenderlo como se ha de entender.

3. Pues tornando á lo que decia, quisiera yo saber declarar cómo está esta compañía santa con nuestro acompañador Santo de los

santos, sin impedir á la soledad, que él y su Esposa tienen, cuando esta alma dentro de sí quiere entrarse en este paraíso con su Dios, y cierra la puerta tras sí á todo lo del mundo. Digo que quiere; porque entended que esto no es cosa sobrenatural del todo, sino que está en nuestro querer, y que podemos nosotros hacerlo con el favor de Dios, que sin esto no se puede nada, ni podemos de nosotros tener un buen pensamiento. Porque esto no es silencio de las potencias, sino encerramiento dellas en sí mismas. Vase ganando esto de muchas maneras, como está escrito en algunos libros, que nos hemos de desocupar de todo para llegarnos interiormente á Dios; y aun en las mismas ocupaciones retirarnos á nosotros mismos, aunque sea por un momento solo. Aquel acuerdo de que tengo compañía dentro de mí, es gran provecho.

4. Lo que pretendo, solo es que veamos y estemos con quien hablamos, sin tenerle vueltas las espaldas, que no me parece otra cosa estar hablando con Dios, y pensando mil vanidades. Viene todo el daño de no entender con verdad que está cerca, sino lejos, y cuán lejos si le vamos á buscar al cielo. ¡Pues

rostro es el vuestro, Señor, para no mirarle estando tan cerca de nosotros! ¿No parece nos oyen los hombres, si cuando hablamos no vemos que nos miran, y cerramos los ojos para no mirar, que nos mirais Vos? ¿Cómo habemos de entender si habeis oído lo que os decimos? Solo esto es lo que querría dar á entender, que para irnos acostumbrando con facilidad á ir sosegando el entendimiento para entender lo que habla, y con quién habla, es menester recoger estos sentidos exteriores á nosotros mismos, y que les demos en qué se ocupar; pues es así que tenemos el cielo dentro de nosotros, pues el Señor dél lo está. En fin, irnos acostumbrando á gustar de que no es menester dar voces para hablarle, porque su Majestad se dará á sentir como está allí. Desta suerte rezaremos con mucho sosiego vocalmente, y es quitarnos de trabajo, porque á poco tiempo que forcemos á nosotras mismas para estarnos cerca deste Señor, nos entenderá, como dicen, por señas; de manera, que si habíamos de decir muchas veces el Pater noster, se nos dará por entendido de una. Es muy amigo de quitarnos de trabajo, aunque en una hora no le digamos

mas de una vez, como entendamos que estamos con él, y lo que le pedimos, y la gana que tiene de darnos, y cuán de buena gana está con nosotros; no es amigo de que nos quebreemos las cabezas hablándole mucho. El Señor lo enseñe á las que no lo sabeis, y de mí os confieso, que nunca supe qué cosa era rezar con satisfacion, hasta que el Señor me enseñó este modo, y siempre he hallado tantos provechos desta costumbre de recogimiento dentro de mí, que eso me ha hecho alargar tanto. Concluyó con que quien lo quisiere adquirir (pues, como digo, está en nuestra mano) que no se canse de acostumbrarse á lo que queda dicho, que es señorearse poco á poco de sí mismo, no se perdiendo en balde sino ganándose á sí para sí, que es aprovecharse de sus sentidos para lo interior. Si hablare, procurará acordarse que hay con quien hable dentro de sí mismo: si oyere, acordarse ha que ha de oír á quien mas cerca le habla. En fin, traer cuenta, que puede, si quiere, nunca se apartar de tan buena compañía, y pesarle cuando mucho tiempo ha dejado solo á su Padre, que está necesitada dél. Si pudiere muchas veces en el día, si no sea pocas

como lo acostumbrase saldrá con ganancia, ó presto ó mas tarde. Después que se lo dé el Señor, no lo trocaria por ningun tesoro; pues nada se deprende sin un poco de trabajo. Por amor de Dios, hermanas, que deis por bien empleado el cuidado que en esto gastáredes, y yo sé que si lo teneis un año, y quizá en medio saldréis con ello, con el favor de Dios. Mirad qué poco tiempo para tan gran ganancia, como es hacer buen fundamento, para si quisiere el Señor levantaros á grandes cosas, que halle en vos aparejo, hallándoos cerca de sí. Plega á su Majestad no consienta nos apartemos de su presencia. Amen.

CAPÍTULO XXX.

Dice lo que importa entender lo que se pide en la oracion. Trata destas palabras del *Pater noster*, *SANCTIFICETUR NOMEN TUUM*, aplicadas á oracion de quietud, y comiézala á declarar.

1. Ahora vengamos á entender cómo va adelante nuestro buen Maestro, y comienza á pedir á su Padre santo para nosotros: ¿y qué le pide, que es bien lo entendamos? ¿Quién hay, por desbaratado que sea, que cuando pide á una persona grave, no lleva pensado